



SÁEZ DE LA FUENTE ALDAMA, Izaskun¹

El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución

Bilbao : Instituto Diocesano de Teología y Pastoral : Editorial Desclée de Brouwer, 2002. – 310 p. ; 24 cm. – ISBN: 84-330-1664-4

Está en lo cierto Ernest Gellner cuando afirma como característica sustancial de la sociedad civil moderna la ruptura del círculo entre la fe, el poder y la sociedad; según sus palabras, la sociedad civil es por encima de todo una sociedad sin un orden sacralizado. En el marco de la sociedad civil, la religión misma se ve forzada a renegociar su papel y su posición, sin que nada pueda evitar, en cualquier caso, el progresivo desplazamiento del hecho religioso hacia la periferia de esta sociedad, reducido a un ingrediente más bien privado y discrecional. Nada parece más alejado de la idea de sociedad civil que la *umma* de los creyentes: frente al ejercicio de la crí-

1. [Nota de los eds. lits.] La autora forma parte del Departamento de Ciencias Humanas y Sociales del Instituto de Teología y Pastoral de la Diócesis de Bilbao. En su seno elaboró la investigación que da origen a esta obra, formalizada como tesis doctoral en Ciencia Política y de la Administración en la Universidad del País Vasco / EHU (2001), dirigida por el catedrático de Sociología Víctor Urrutia. Y es otro profesor del Departamento de Sociología de esta misma universidad, Imanol Zubero, quien prologa el libro de referencia y cuyo texto sirve aquí como recensión, aunque el contexto sociopolítico haya variado desde su redacción.

Izaskun ha publicado, además, varios títulos relativos a la desmembración de la URSS y al hecho nacional, o a mujeres y sectas; y editado: *Creencia e increencia en la Bizkaia del Tercer Milenio. Las transformaciones intergeneracionales de las identidades religiosas* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001).

“El objetivo fundamental de esta investigación consiste en el análisis del fenómeno nacional desde una perspectiva sociorreligiosa y, en concreto, del modelo de sacralidad subyacente al MLNV, su génesis y su dinámica interna”. [...] “El estudio se localiza en la Comunidad Autónoma Vasca (CAV) y en Navarra”; dada la falta de correspondencia entre la Euskadi jurídica y la Euskal Herria del “imaginario ideológico, simbólico y ritual” de la izquierda abertzale. El período de investigación comprende desde 1975 (inicio de la transición democrática) hasta 1998 (declaración de alto el fuego por ETA), “con algunas reflexiones sobre la tregua y el ínterin político que desemboca en las elecciones del 13 de mayo de 2001”. [...] “este ensayo combina aportes de la sociología de la religión, de la ciencia política y de la antropología cultural”. [...]

“El libro consta de dos partes claramente diferenciadas [...]: a) una primera, que aborda las comunidades nacionales en cuanto rostros modernos de la religión; y b) la segunda, que versa sobre el origen y dinámica del discurso, de las prácticas y de la comunidad del MLNV [...], y sobre la “naturaleza de un universo simbólico que convierte a la IA en uno de los sectores político-sociales más secularizados de nuestro entorno” [...] “con su propia doctrina, su sistema de valores y de referentes de legitimación y sus mecanismos de socialización y de reproducción intergeneracional”; y en la que convergen “el nacionalismo y el marxismo –en especial su versión tercermundista–” [De la “Introducción” de Izaskun Sáez. de la Fuente, pp. 27-30].

tica racional, el sometimiento a la tradición; frente a la elección del modo de vida, el sometimiento al ritualismo; frente al pluralismo y su consiguiente diversidad, la homogeneización.

No es extraño, pues, que haya quienes recurran a John Keane –a su reflexión sobre lo que se ha denominado la *sociedad incivil* y a su caracterización del nacionalismo como una expresión de la tendencia a la autoinmolación siempre presente en las sociedades– con la intención de explicar lo que desde hace ya cuatro décadas está ocurriendo en Euskadi. Una sociedad indiscutiblemente moderna que, sin embargo, contiene en su seno una ideología y una práctica políticas decididamente bárbaras: hombres (sobre todo) y mujeres dispuestos a matar (sobre todo) y a morir, oficiantes de una ceremonia trágica que encuentra en el *Guggenheim Bilbao Museoa* su más acertada metáfora, una metáfora que nos sume en la más angustiosa perplejidad: en vísperas de su inauguración, a las mismas puertas del museo, el *ertzaina* José María Agirre perdía la vida al impedir que un comando de ETA cometiera un atentado contra las autoridades que iban a presidir el acto. Y así, la catedral de la modernidad es, también, pirámide de sacrificio.

Decimos que no es extraño el recurso a caracterizaciones como la de sociedad incivil para explicar o, acaso, para expresar la profunda ininteligibilidad de la sociedad vasca. Eso, en el mejor de los casos; en el peor, el recurso más socorrido es la referencia a la Alemania nazi. De ahí a conectar, sin mediación alguna, el fenómeno de la violencia con un nacionalismo vasco conceptualizado de etnicista (cuyos fines políticos explican y exigen el recurso a la violencia, según la imagen de “El árbol y las nueces”) y con una Iglesia vasca en el fondo más nacional que católica (amparadora de una sangrienta liturgia al servicio de una religión política: “ETA nació en un seminario”) hay sólo un paso. Pero tales caracterizaciones, en exceso simplistas, apenas sí rozan la epidermis de un fenómeno bastante más complejo e inquietante.

Como hemos señalado al principio de estas líneas, si algo caracteriza el funcionamiento de la sociedad civil es la desacralización. Según la acertada síntesis de Gellner, en las sociedades civiles lealtad ya no significa credulidad. ¿Cómo es posible, entonces, que en Euskadi tanta gente continúe, en el ámbito de la política, ejerciendo una tan radical suspensión de la incredulidad? ¿Cómo es posible que tantas y tan diversas personas (jóvenes y viejas, nativas e inmigrantes, vascoparlantes o no...) sostengan, contra toda evidencia, la visión de la realidad del nacionalismo vasco radical, en la que la violencia encuentra acomodo? Sustituyendo la razón por el sentimiento.

En su análisis sobre el auge del irracionalismo en la sociedad norteamericana, Wendy Kaminer descubre un principio básico a todas las propuestas de (nueva) espiritualidad, que puede ser formulado así: “la verdad reside en lo que sientes, no en lo que sabes *en tu cabeza* y mucho menos en lo que puedas probar”. La sinceridad, la intensidad de la vivencia, es la prueba definitiva de la verdad. La autora analiza la relativa facilidad con la que esta perspectiva explica tránsitos aparentemente inexplicables, como es el caso de personas que pasan de la pacífica y florida *new age* al movimiento ultraconservador y violento de las milicias armadas. En el fondo, ambos movimientos emplean los mismos argumentos que los libros de espiritualidad popular: confían en el testimonio personal y en la intensidad de la fe.

Convenientemente acompañada de un abigarrado conjunto de rituales colectivos, a menudo organizados en derredor del sufrimiento y de la muerte, esta permanente *educación sentimental* se convierte en el soporte social, en la estructura de plausibilidad, de la visión nacionalista radical del mundo. De ahí la relevancia de

analizar, en clave de recreación mistagógica, la dimensión litúrgica y ritual (con sus tiempos fuertes, con sus espacios mágicos, con sus hierofanías, con su santoral y sus objetos de culto) que configura y cohesiona la comunidad nacionalista radical posibilitando su existencia paradójica, una existencia literalmente u-tópica y u-crónica, una existencia extemporánea, profundamente ajena a la realidad de la sociedad vasca actual.

Éste y no otro es el trasfondo apropiado para reflexionar sobre el nacionalismo vasco radical como religión. Éste es el trasfondo a partir del cual la violencia se transforma en (una especie de) realidad sacramental cuya existencia revela la presencia de otra realidad superior y trascendente, de la que aquélla emana. A pesar de que los miembros de ETA actúen desde convicciones políticas, a pesar de que la violencia deba basarse también en razones políticas, la política tiene muy poco que ver con la violencia. ETA no adoptó la violencia por razones de eficacia política, sino de eficacia mágica, perdiendo de este modo su carácter de medio para transformarse en fin. La violencia expresa, simboliza, define, afirma. Cualquier otra consideración sobre su mayor o menor eficacia, adecuación al momento político, adhesión social, resulta fuera de lugar. Concebida como política icónica, la visión de la realidad que caracteriza al Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) sostiene sus razones incluso contra los hechos.

Como bien señala Izaskun Sáez de la Fuente en su documentado trabajo, tanto en la génesis como en las complejas dinámicas internas del denominado MLNV subyace un modelo de construcción y de interpretación de la realidad organizado en torno al *Pueblo* (Vasco) como objeto de culto y a ETA como su *mediación* privilegiada. Nada mejor que las propias palabras de la autora para expresarlo:

“[Esta investigación muestra] la persistencia en el MLNV de un modelo de construcción y de interpretación de la realidad cimentado sobre un sustrato de trascendencia con una doctrina ortodoxa que tiende a mantenerse inmune al devenir histórico. El Pueblo articula dicho sustrato por medio de un doble rostro: a) como entidad sacral, sujeto orgánico, supraindividual e intergeneracional de una verdad genérica, infinita, infalible e indivisible, su propia liberación nacional y social que se halla inserta, a modo de mecanismo de resurrección salvífica, en la lógica de la historia; y b) como comunidad de creyentes que actualiza periódicamente el ser sacro a través de un compromiso fideísta con la causa, sin margen para la herejía. La verdad no admite disidencias ni el diálogo con otras verdades alternativas”

Encontramos aquí una ruptura (una más) del nacionalismo vasco radical con la tradición nacionalista hegemónica, históricamente representada por el PNV. No creo que lo que Sabino Arana diseña sea propiamente una religión política, pues en su doctrina no se produce transposición simbólica ninguna (no se sustituye a Dios por la Patria) sino que se somete y subordina la Patria a la realización de la voluntad de Dios. En el imaginario aranista, Euzkadi no tiene valor en sí mismo, sino en la medida en que se consagra a Dios. El nacionalismo de Arana es profundamente religioso, pero se somete a la religión. Su primitivo lema *Gu Euskerientzat ta Euskeria Jaungoikuarentzat*, que hoy podríamos traducir como “nosotros para Euskadi y Euskadi para Dios”, representa esta subordinación de la ideología y de los objetivos políticos, convertidos en mediaciones seculares al servicio del plan de Dios.

Por el contrario, esta transferencia de sacralidad sí se da en el seno del nacionalismo vasco radical. Se trata de un peculiar proceso de secularización, que traslada el objeto de culto pero mantiene los aspectos más intolerantes, rigoristas y totalizantes de la ortodoxia religiosa. Nos encontramos ante una *transferencia sustitutoria*, ante el desplazamiento de los contenidos del culto, que ya no son Dios y las verda-

des de la fe, sino el Pueblo Vasco y sus derechos hasta llegar a darse una clara incompatibilidad entre la cosmovisión católica y la cosmovisión nacionalista radical, como explica pormenorizadamente Izaskun Sáez de la Fuente.

Hay que agradecer a la autora su capacidad de elevarse sobre todos esos lugares comunes que cada vez oscurecen más la ya de por sí oscura realidad vasca, sin por ello sucumbir a la tentación del analista desencarnado que al final acaba sustituyendo la realidad por un espejo que tan sólo refleja sus propias teorizaciones.

Imanol Zubero